

después de todo, tan distintas a las creencias? Por otro lado, sería conveniente dejar más clara su relación con el controvertido programa de la simulación, puesto que se embarcan en una argumentación compleja que, a pesar de su aparente transparencia, al final no deja del todo claro hasta qué punto se comprometen con ella y si sólo es parcial su compromiso, convendría clarificar el terreno en el que se sitúan las *imaginaciones no simulativas*.

En cualquier caso, lo cierto es que este libro contribuye notablemente a la sistematización del debate en torno a la imaginación tan polémico en las discusiones de los filósofos de la mente —por su filiación con el programa de la simulación— y que tantas expectativas levanta también en la estética analítica. Además, retoma un tema clásico —relegado en el debate académico probablemente por la herencia romántica— y lo sitúan, como Aristóteles, Hume o Kant en las discusiones sobre nuestros procesos cognitivos. En definitiva, creemos que es éste un libro cuyo interés radica tanto en la novedad de sus tesis como en la sistematización de las mismas, en su carácter interdisciplinar ya que tiende puentes entre campos distintos como la filosofía de la mente, la estética y psicología y, sin duda, en la claridad argumental de los autores y su capacidad de reunir en un mismo libro, aunque no siempre en beneficio de la claridad, una buena cantidad de discusiones académicas actuales.

Paloma Atencia Linares
Universidad Autónoma de Madrid
Facultad de Filosofía y Letras
Cantoblanco, E-28049 Madrid
e-mail: boton@anabasisdigital.com

La mano. De cómo su uso configura el cerebro, el lenguaje y la cultura humana, de FRANK R. WILSON, TRADUCCIÓN DE JAIME GAVALDÁ, BARCELONA, TUSQUETS EDITORES, 2002, 385 pp., 20 €.

“¿Qué sería de nosotros sin las manos? Nuestras vidas están tan llenas de experiencias corrientes en las que intervienen las manos de manera tan hábil y silenciosa que raramente pensamos en lo mucho que dependemos de ellas”. Estas palabras del prólogo del libro que comentamos expresan con claridad el centro de reflexión sobre el que gira la obra de Frank Wilson, un médico especializado en neurología que actualmente vive en California donde dirige el Peter F. Ostwald Health Program for Performing Arts en la Facultad de Medicina de la Universidad de California en San Francisco. La obra que comentamos, *La mano*, es una obra de muy larga génesis, una década, como el propio autor relata en el apartado de agradecimientos. Y no es precisamente una obra de especialista, sino todo lo contrario. Es una obra de un hombre que conjuga un conocimiento muy amplio de aportaciones de la investigación más reciente en paleoantropología evolucionista, neurología, anatomía, psico-lingüística, etc., las cuales son combinadas con su extensa experiencia clínica en el tratamiento de lesiones cerebrales que afectan a la movilidad manual, especialmente en relación con los calambres que afectan dramáticamente a los músicos profesionales. Precisamente este tipo de terapia le llevó a dedicarse al aprendizaje pianístico en una edad ya madura, con el único objetivo de desarrollar un conocimiento corporal como complemento al conocimiento teórico especializado propio de un neurólogo. Este mismo afán le conduciría a la ob-

servación y estudio de algunas de las actividades más relacionadas con la habilidad manual, tales como las habilidades propias de los cirujanos, malabaristas, guiñolistas, alpinistas, joyeros, quirománticos, mecánicos del automóvil, gruistas, etc, las cuales circulan a lo largo de los capítulos de su libro no ya como mera ilustración, sino como verdadera materia de reflexión de sus ideas sobre la estrecha conexión entre la inteligencia verbal y la manual. Por ello su libro debe ser considerado como algo más que una mera aportación de una anatomista entre las muchas existentes con el mismo título, empezando por la reseñada por el propio Wilson como apéndice a su libro perteneciente a un cirujano escocés, Charles Bell, quién en 1833 escribió una obra titulada asimismo, *The Hand*, cuyo objeto era esgrimir la perfección de la mano como prueba de la existencia de Dios. Casi dos siglos después, el libro que comentamos retoma el tema, aunque no con una intención de apología religiosa, pues el autor se presenta como un “ateo espiritual” [p. 303], ni como un estudio de especialista en anatomía, sino como formulación muy documentada de una hipótesis que pone en cuestión la visión dualista de la antropología tradicional en la que el origen de la inteligencia humana o se remitía a una lejana y desconocida divinidad o se suponía su origen natural evolutivo, igualmente lejano y oscuro (el azar de la Materia, la lotería de la Vida), pero sin considerar con precisión los pasos intermedios decisivos, es decir el Rubicón humano. Frank Wilson se centra precisamente de forma obsesiva en la consideración del que considera el auténtico Rubicón biológico, un órgano intermedio distinto de la cabeza y situado en la periferia del cuerpo: las manos.

Para ello el autor recopila lo que las ciencias, especialmente en los últimos veinte años, han comprendido del papel que desempeñaron las manipulaciones desde el llamado *homo habilis*, y aún más atrás, contando la historia, con base en los estudios de Mary Marzke, antropóloga física de la Universidad de Arizona, de la *Australopithecus afarensis* Lucy, lanzadora de piedras hace 3,2 millones de años en la región de Etiopía con la precisión de un *pitcher* de béisbol, para lo cual se requiere una habilidad que sólo es posible a partir de una configuración anatómica y funcional muy precisa de la mano [pp. 36 y ss.] que no posee ningún primate u homínido anterior. Wilson conecta sorprendentemente la historia de Lucy con la historia de un cocinero especial, Reed Hearon, licenciado en matemáticas y filosofía, que abrió dos restaurantes de gran éxito en San Francisco, el “LuLu” y el “Rose”: “Los descendientes de los primates arborícolas son unas criaturas muy diferentes y, como es lógico, gran parte de lo que ocurrió en su cuerpo en la época en que Lucy avanzaba por la sabana abierta tuvo necesariamente un carácter utilitario. Los australopitecos difícilmente podían permitirse adornos corporales si querían sobrevivir en aquel entorno nuevo y adverso. Pero, como sabemos, la selección es tan efectiva a través de la suerte como lo es a través de la adversidad: una adaptación para la guerra podría, llegado el caso, continuar demostrando su utilidad en tiempos de paz. El cocinero profesional podría ser un buen ejemplo: el cuerpo del guerrero está admirablemente adecuado al espacio de la cocina de un restaurante moderno, donde el chef encontrará ocasión no sólo de levantar ollas y cacerolas, sino también de arrojarlas. Si consideramos otras exigencias físicas de este trabajo (trincar, cortar, pesar y amasar, por ejemplo) sin duda nos preguntaremos cómo alguien sin instintos militares puede pensar en sobrevivir a todo esto” [Wilson (2002), p. 234].

En una línea similar pone en conexión sus amplios conocimientos científicos con otras historias personales. Además de las “manos rápidas” del cocinero Reed Hearon, Frank Wilson habla en el libro también de los “brazos de Popeye” de un alpinista, David

Hall; de la precisión manual, gracias al pulgar oponible, de un orfebre como George Mac Lean, quien, por accidente, perdió cuatro dedos de una mano; de la destreza de un cirujano como Robert Albo con mano de mago; de la cooperación heterotécnica de los mecánicos en un garaje (Jack Schafer, Richard Moore); de la habilidad de un titiritero para mirar a través de los ojos de sus marionetas (Antón Bachleitner); de la previsión del balanceo mecánico en un gruísta (Richard Young); de la conexión mano-ojo de un malabarista (Serge Percelley); de la corrección de dolorosas posturas manuales de un guitarrista profesional (Patrick O'Brien); de la terapéutica corpóreo-manual, según el método Feldenkreis, de Anat Baniel; de la rapidez en los dedos de un prestidigitador (Mark Milton) en conexión con la historia del niño hospitalizado, Carmelo; de la sabiduría de un quiromántico de Sausalito (Richard Unger). Todas estas historias son fáciles de localizar a través del índice incorporado al final del libro, que en la excelente traducción española queda, sin embargo, reducido sólo a los nombres propios.

Resulta por ello un extraño libro en el que se mezclan teorías y avances científicos en diferentes campos de la paleoantropología, la anatomía, la neurología, la psicolingüística, con conmovedoras historias clínicas o entrevistas personales. Sabiduría fría y precisa mezclada con la calidez emocional de unos relatos en ocasiones muy personales. El libro de Frank Wilson no es, por ello, un libro de divulgación científica al uso. Hay un componente emocional y artístico en su elaboración muy grande y asimismo importante que no queremos pasar por alto. El propio autor confiesa [p. 305] que en 1955 pasó cuatro horas sentado ante el famoso *Guernica* de Picasso. No sabemos qué es lo que tanto le impresionó de dicho cuadro. Pero sí podemos decir que hay un fondo común de barroquismo, de mezcla y confusión de figuras en la obra del pintor español, de mezcla de ciencia y relatos emocionales en la obra de Wilson. Un barroquismo que también comparten algunas obras de otro español universal, el cineasta Luis Buñuel, como se observa en la estructura de una de sus películas más interesantes: *La Vía Láctea*, con la que nos parece que el libro de Wilson tiene cierta afinidad compositiva. El argumento de la película es el Camino de Santiago que hacen unos peregrinos desde Francia como excusa para ilustrar la larga historia de las controversias teológicas del Cristianismo. Por ello el principio y el fin de la película son claros y manifiestos desde el primer momento. Pero tan interesante como el camino y las controversias teológicas son las historias imprevistas en la que se ven involucrados los peregrinos protagonistas, historias muy personales y llenas de enseñanzas anecdóticas. El libro de Frank Wilson tiene también una línea argumental clara: la evolución humana que va desde la constitución de la mano hasta la configuración del cerebro como un largo camino recorrido que inicia el paso del Rubicón con la australopiteca Lucy hace unos 3,2 millones de años y finaliza con el *Homo sapiens* actual. Por el medio de este gran relato científico el autor hace algunos altos en el camino, deteniéndose en algunas posadas y, arrojados al calor de un fuego emocional, escuchamos sorprendentes relatos personales o historias clínicas que van desde la historia de un niño con brazos de Popeye hasta la historia más triste, de hospital, del niño Carmelo que se cura a través de la fascinación por la magia. Y precisamente en ello creemos que reside el encanto y atracción que nos produce este libro inhabitual en literatura científica. Por otra parte comprendemos también que un libro como este sólo podía brotar en un medio cultural relativamente aislado del puritanismo espiritualista reinante en USA, en una ciudad única como San Francisco en la que, como escribe el autor, su *Bay Area* “se ha convertido en algo así como una feria callejera de intercambios de filosofías y prácticas

de la vida y del cuerpo. Allí se ofrecen todas las variantes de masaje, respiración, terapias herbales, acupuntura, hipnoterapia, baños de barro y fertilizantes; y, naturalmente, lecciones de Feldenkreis (ésta era la opción más conservadora de una larga lista)” [p. 249].

Manuel F. Lorenzo
Departamento de Filosofía
Universidad de Oviedo
Campus del Milán, E-33071 Oviedo
E-mail: florenzo@correo.uniovi.es